

sufrir por esto un bochorno que le obligó á presentar su dimision, motivándola en la dificultad de definir claramente las atribuciones respectivas del presidente y de los ministros. Bixio, que se encontraba entre sus colegas en una posicion falsa, siguió el ejemplo de Maleville; pero los demás permanecieron en sus puestos mostrándose satisfechos con las explicaciones que les dió el presidente.

Mas difíciles resultaron las relaciones entre el poder ejecutivo y el legislativo, tambien por culpa de la constitucion que daba á la asamblea el poder legislativo absoluto, sin ninguna participacion ni intervencion del poder ejecutivo; de modo que el presidente no tenia ni siquiera el derecho de suspender las sesiones ni mucho menos el de disolver la asamblea y apelar al país. En cambio, podia nombrar y destituir á sus ministros sin tener en cuenta para nada las votaciones favorables ú hostiles de la asamblea. En caso de conflicto habia de ceder uno de los dos poderes graciosamente ó de lo contrario quedaba declarada la guerra. Cavaignac acaso se habria conformado con el papel de mero ejecutor de las resoluciones de la asamblea, pero Luis Napoleon no podia humillarse tanto, y los cinco millones de votos que le habian elevado de proscrito al primer puesto del país, le autorizaban en cierta manera á pasar por encima de artículos de leyes artificiales. Esto hizo que su presidencia estuviese rodeada desde sus primeros pasos de una atmósfera de golpes de Estado, si bien no es probable que Luis Napoleon tuviera desde el principio la intencion de derribar la república al jurar la constitucion, aunque le sonriera en lontananza la esperanza de restaurar el imperio como última etapa de su carrera, y aunque sus privados y compañeros antiguos le instasen á realizar la restauracion que les habia de dar gloria y provecho. Lo que le empujó á realizarla fueron las circunstancias fortuitas que se presentaron.

Tampoco fué él quien abrió las hostilidades contra la asamblea nacional, sino esta, cuya mayoría se reconocia vencida en la eleccion del 10 de diciembre y tenia la conviccion humillante de no representar la opinion del país. En este estado de cosas, lo mas sencillo y lo mas natural habria sido declarar concluido su mandato con la instalacion del gobierno regular y definitivo, y dejar el puesto á una asamblea nueva; pero desconfiando de la solidez y duracion de su obra, resolvió no separarse hasta haber votado las leyes orgánicas mas importantes adaptadas á la nueva constitucion, viniendo así á constituirse por un tiempo indefinido en vigilante espía del presidente. Pero su vida fué desde entonces pobre, consumiéndose en recelos, pequeñeces y oposiciones al gobierno, al cual llegó á negar hasta la conservacion por un año mas del impuesto sobre la sal, en presencia de un déficit de quinientos sesenta millones de francos.

Cansada al fin de esta existencia, tomó en consideracion la proposicion del diputado Rateau de dejar el puesto á otra asamblea, y en la sesion del 7 de febrero de 1849 fué votada, á pesar de la oposicion desesperada de los republicanos, la convocacion de una nueva asamblea legislativa, fijando las elecciones generales para el 4 de marzo, y la apertura de las sesiones para el 19 del mismo mes, en cuyo dia se habia de disolver la asamblea constituyente que hasta entonces debia concluir las leyes orgánicas relativas al consejo de Estado, á la responsabilidad del presidente y de los ministros, al voto electoral y al presupuesto.

Montalembert explicó de esta manera la tenacidad con que hasta entonces se habia resistido esta asamblea á decretar su muerte: «Los unos no quieren marcharse porque saben que no volverán, y los otros quieren irse por el motivo contrario.»

Quiso la mala suerte de la constituyente que no acabara

su existencia sin cometer todavía errores gravísimos por las consecuencias que tuvieron. Sabíase perfectamente que los rojos, muy léjos de acatar la voluntad nacional tan claramente demostrada en la eleccion de Luis Napoleon, meditaban otro 24 de febrero mas radical que el primero, á pesar de haber huido los jefes que no estaban deportados ó presos, siendo el director de la nueva conspiracion un tal Delescluse.

A pesar de este nuevo peligro social, la asamblea no quiso aprobar la supresion de todos los clubs, pedida por el ministro L. Faucher, basando su negativa en la ilegalidad de semejante medida conforme demostró Senard en el informe que le fué encargado. Animados con esta negativa, Ledru-Rollin y cuarenta y nueve republicanos pidieron la acusacion del ministro por conato de violacion de la constitucion. El regreso de los insurgentes deportados y amnistiados por el presidente reforzó las filas de los clubistas, y además aprovecharon estos el descontento de la guardia móvil, cuya fuerza se habia mandado últimamente reducir, por motivos de economía y disciplina, de veinticinco batallones á doce, lo cual dejaba súbitamente sin recursos á un gran número de individuos. Estos enviaron una comision de doscientos oficiales y guardias al presidente de la república para solicitar la anulacion de la órden; pero la comision ni siquiera fué recibida por Luis Napoleon. Los conspiradores entonces resolvieron dar el golpe el dia 29 de enero; pero la noche antes, el gobierno hizo prender á los personajes mas principales del movimiento y ocupó militarmente todos los puntos estratégicos, sin exceptuar el local donde la asamblea celebraba sus sesiones. Cuando á la mañana siguiente los diputados consternados enviaron á su presidente Marrast á pedir explicaciones de esta medida á Changarnier, les mandó á decir este que tenia que hacer en el Eliseo, donde habitaba el presidente, y que ignoraba lo sucedido, porque estaba acostado cuando se le habia ido á dar aviso de las medidas que se tomaban. Es muy probable que se desplegara todo este aparato para dar ocasion á un golpe de Estado, segun unos meditado y preparado por el presidente y sus amigos, y segun otros por la asamblea. El hecho es que se discutió por entonces en la habitacion de Napoleon en una sesion secreta, á la cual asistieron el presidente, Changarnier, Molé, Broglie y Thiers, la cuestion de si habia llegado el momento de acabar de una vez con la asamblea constituyente que se habia hecho completamente insostenible; pero Thiers disuadió á todos del golpe, diciendo: «No malgastéis el recurso heroico y á la vez doloroso del golpe de Estado hasta que el mal haya llegado á ser bastante peligroso y grande para justificar el remedio.» Fué escuchado; pero el golpe de Estado, aunque invisible, quedó suspendido en la atmósfera sobre la república. Lespes en su «Historia de la primera presidencia» dice que la idea de dar el golpe podrá haber existido entonces, pero que de ningun modo habia llegado al punto de madurez necesaria para su ejecucion; y Senior dice que, segun los partidarios de Napoleon, el parlamento fué el que meditó el golpe de Estado para citar ante su tribunal á los ministros y al presidente, pero que no se llevó á cabo porque en el momento crítico faltó el valor á algunos jefes.

Desde entonces menguaron notablemente los bríos de la asamblea, y concluyó los trabajos que ella misma se habia fijado. En la ley electoral que elaboró, quitó este derecho á los soldados en campaña, lo cual era muy racional, pero quitó tambien la capacidad de elegible á todo empleado público, al alto clero, á los directores de ferro-carriles y en general á todos los que estaban con el gobierno en relaciones de negocios, es decir, cabalmente á aquellos que mas entendian en asuntos públicos.

La discusion del presupuesto acabó por desacreditar la forma republicana, porque reveló los despilfarros espantosos del gobierno provisional á favor de la causa republicana y de sus adeptos, y el escandaloso descaro con que los tan virtuosos republicanos habian mirado por su bolsillo con salarios, dietas y otros beneficios exagerados, aumentando con su torpeza y codicia las deudas del Estado en mil millones de francos. Estas revelaciones produjeron súbitamente en la asamblea una pasion no menos exagerada de hacer economías, ya para hacerse algo popular antes de desaparecer de la escena, ya para mortificar al gobierno y á los funcionarios que eran antipáticos á los republicanos. Así descontentaron á Changarnier de sus pagas lo que habia cobrado como jefe de la guardia nacional, lo cual le hizo decir cuando le comunicaron el decreto: «Bien, así los derrotaré gratis.» Además rebajó el presupuesto de obras públicas, y sobre todo el capítulo de ferro-carriles, y hasta llegó á proponer la supresion de las manufacturas de lujo del Estado, la fábrica de porcelana de Sevres y la de los Gobelinos para trasformarlas respectivamente en alfarería y tintorería.

Llegó por fin el dia de las elecciones, y gracias principalmente al gran talento organizador de Thiers, presentáronse en la lid decididos y unidos todos los partidos de órden. Una junta bonapartista echó á volar una lista particular suya de candidatos, que comprendia muchísimos nombres, desde Falloux y Thiers hasta Garnier-Pagés, solo para hacer ver cuán grande, poderoso y notable era el partido de Luis Napoleon, bajo cuya bandera se agrupó tambien el círculo poderoso de la calle de Poitiers. No obstante tener tantos aliados pertenecientes á diversos partidos, Luis Napoleon supo conservar su adhesion sin confundir su causa personal con la que ellos defendian. Su propaganda era sutilísima, como puede verse por el siguiente caso. Nombrado embajador en Madrid Jerónimo Napoleon, primo del presidente, pronunció á su llegada á Bayona un discurso á favor de su propia candidatura, en el cual hizo ver la necesidad de elegir para la nueva asamblea nacional, adversarios del gobierno, republicanos y hasta socialistas, á fin de crear un contrapeso á la reaccion y librar al presidente de su influencia perniciosa. Luis Napoleon le escribió al instante en una carta que se publicó: «Bastante me conoces para saber que jamás me someteré á la influencia de nadie, sea quien fuere, y que no cesaré de aplicarme á gobernar en el interés de la colectividad y no en el de un partido.» Representada esta comedia, ya no pasó adelante el príncipe Jerónimo, que renunció la embajada y regresó á Paris, dejando al público en la duda de si todo habia sido una farsa en favor de su primo el presidente ó si hacia la propaganda para suceder á este á la primera ocasion favorable.

La derecha salió de las elecciones reforzada con un gran número de diputados y pares del reinado de Luis Felipe, hasta reunir 450 votos; pero con gran sorpresa de todo el mundo compartió su victoria electoral la extrema izquierda, que obtuvo nada menos que 180 diputados nuevos, habiendo votado á su favor 26 departamentos y 13 de estos exclusivamente en favor de candidatos socialistas, sin contar las respetables minorías que obtuvieron los socialistas en los demás distritos electorales. El ejército habia votado exclusivamente á republicanos rojos. Se explica este colosal aumento de partidarios del socialismo con la ilimitada libertad de propaganda por medio de los clubs y de la prensa y con las promesas doradas que los socialistas hacían á todas las clases bajas de la nacion.

Los obreros formaban el núcleo del socialismo que de escuela filosófica se habia trocado en bandera política. Con esta bandera los socialistas ganaron la adhesion de la pobla-

cion rural, prometiendo el reembolso de los mil millones con que la restauracion habia indemnizado á los emigrados de la primera revolucion, lo cual permitiría suprimir el aumento de contribucion en 45 céntimos. Prometieron tambien á los soldados el derecho de elegirse ellos mismos sus sargentos, y á los curas de aldea la misma inamovilidad que disfrutaban los curas párrocos de las cabezas de partido. De los diputados mas notables de la constituyente pocos fueron reelegidos; ninguno de los tres presidentes Buchez, Senard y Marrast entró en la nueva asamblea, ni tampoco los prohombres de la república Garnier-Pagés, Goudchaux, Marie, Dupont de l'Eure, Flocon, Bastide, Trelet, C. Thomas y Julio Favre; el mismo Lamartine salió por un solo distrito en una segunda eleccion. Además entraron en la nueva asamblea Ledru-Rollin, elegido en 5 distritos, y 74 individuos mas de la mayoría republicana de la constituyente. De los amigos íntimos del presidente solo formaron parte de la asamblea legislativa los mas notables, como Persigny, el general Montholon, Ney, los coroneles Laborde y Vaudry, Luciano Murat y los príncipes Pedro y Napoleon Bonaparte. La eleccion del presidente de la asamblea dió á los partidos la primera ocasion de medir sus fuerzas que resultaron como sigue: Lamoricière, el candidato de los republicanos moderados, obtuvo 76 votos; Ledru-Rollin, jefe del partido de la montaña, 182, y Dupin 345, que le dieron la presidencia; pero esta mayoría imponente de votos se componia de legitimistas, orleanistas y bonapartistas, que solamente procedian unidos y acordes en las cuestiones que no se rozaban con los intereses particulares de cada partido é iban dirigidas contra la república, de la cual los tres eran igualmente enemigos, pero á la cual cada uno por sí era incapaz de derribar y de reemplazar.

Conocido ya el resultado de las elecciones, dimitió el ministro Odilon Barrot; pero continuó en su puesto con alguna modificacion, porque el mariscal Bugeaud, á quien el presidente encargó la formacion de otro, no se consideró capaz de conseguirlo. Drouyn de l'Huys, que pasó de embajador á Lóndres, fué reemplazado por Tocqueville, y Buffet por Lanjuinais. Tambien entró Dufaure en el ministerio á pesar de haber sido seis meses antes ministro de Cavaignac y de haber combatido vigorosamente entonces la candidatura de Napoleon. Pareció, pues, que Napoleon evitaba á propósito elegir sus ministros entre los hombres de la mayoría y que mas bien favorecia á los republicanos moderados, para dar á este partido una garantía de su propósito de conservar la forma republicana y utilizarlo como contrapeso á la mayoría, que les amenazaba por igual.

La política exterior ayudó vigorosamente á simplificar estas complicaciones de la política interior. Los gobiernos extranjeros habian visto con satisfaccion la eleccion de Napoleon porque era una garantía del restablecimiento de una autoridad sólida y de la paz, y porque nadie temia de este descendiente de la familia Bonaparte proyectos cesáreos. El príncipe Schwarzenberg escribió sobre este punto á Windischgrätz en 5 de enero: «El gabinete imperial entrará en relaciones amistosas con el nuevo jefe de Francia, es decir, que le reconocerá. No tenemos motivos para guardar rencor al pequeño sobrino del gran tío y mucho menos para guardar consideracion á las ramas mayor y menor de los Borbones que siempre nos han sido hostiles (1).»

Lo que obligó á Napoleon á salir de su reserva fué la huida del papa y la proclamacion de la república en Roma, porque la cuestion del restablecimiento del papa en sus Estados tocaba á los intereses de todas las potencias católicas, y habiendo estas recibido bien la proposicion del gabinete de

(1) Helfert, tomo IV, apéndice pág. 48.

Madrid de reunir un congreso para ponerse de acuerdo sobre los medios de lograr aquel objeto, surgieron las divergencias. El gabinete de Viena reclamaba para sí y el gobierno de Nápoles la intervencion terrestre, y para contentar al gobierno francés le concedía la cooperacion por mar. El gabinete de Turin presidido todavía por Gioberti, que á pesar del desastre de Custozza consideraba su país como defensor de los intereses italianos, protestó contra toda intervencion extranjera, cualquiera que fuese. Carlos Alberto invitó al papa á que fuese á residir en sus Estados hasta que su ejército hubiese restablecido el orden en Roma, y el papa le contestó con reconvencciones, á las cuales el cardenal Antonelli, su secretario, añadió el insulto de pedir en 18 de febrero auxilio á los gobiernos de Austria, Francia, España y Nápoles. Estos gobiernos, en efecto, entraron el 30 de marzo en negociaciones sobre la manera de auxiliar al papa, sin dar participacion al rey de Cerdeña cuya protesta no tuvo ya importancia desde el nuevo desastre de Novara.

Para Napoleon, que en secreto acariciaba la idea del restablecimiento del trono de su tío, era la cuestion italiana á la vez cuestion personal y de política francesa, y por ambas razones debía favorecer á la Italia contra el extranjero, y al papa contra los italianos. Despues de una revista pasada á las tropas en 19 de febrero escribió Napoleon á Changarnier: «Con estos soldados no tardaria nuestra jóven república en competir con la primera, y emular las glorias de Marengo y Hohenlinden, si el extranjero nos obligara á ello.» Tampoco podia renegar completamente de sus relaciones con los carbonarios en 1830, y así hizo contestar á los carbonarios italianos de Paris, cuando dos semanas despues de su eleccion á la presidencia le preguntaron qué era lo que pensaba hacer por su patria, «que se llamaba Bonaparte y conocia el deber que este nombre le imponia; que la Italia le era cara, pero que primero eran sus deberes hácia la Francia y que por entonces la asamblea nacional le ataba las manos (1).» Vino la batalla de Novara, cuyo suceso le excitó en gran manera, y á haber sido factible habria enviado al instante todo un ejército á Italia, pero la conviccion de que la Francia no estaba preparada para una guerra, y de que el envío de un ejército á Italia requería otro de 100,000 hombres en la frontera de Alemania, le detuvo y le hizo limitar su proteccion al Piamonte á la parte diplomática. Si el ministro Barrot declaró en la asamblea «que aunque la Cerdeña no habia seguido los consejos del gobierno francés, no estaba por eso el ministerio menos decidido á conservar la integridad del territorio sardo y el interés y la dignidad de la Francia,» esto no pasó de ser una fanfarronada nada costosa, porque el gabinete de Viena habia asegurado ya expresamente y repetidas veces al gobierno francés que no pretendia apoderarse de una pulgada del territorio sardo. Sin embargo, en la asamblea aquella declaracion hueca produjo su efecto, porque se apresuró á asegurar su sincera cooperacion al gobierno para el caso de que considerara necesaria al honor de la Francia la ocupacion de algun punto del territorio italiano.

Tambien habia declarado el gobierno austriaco al francés que no permitiría ninguna república en Italia, que se reservaba restablecer y conservar el orden en Toscana y en la Romaña, pero que respecto del restablecimiento del papa en Roma, dejaba á la Francia la eleccion entre la intervencion armada del Austria sola ó de la Francia sola, ó la intervencion comun de las cuatro potencias. Desde luego el gobierno francés rechazó en absoluto este último medio de restablecer el poder temporal del papa, porque por un lado no le conve-

(1) Senior, *Madame de Cornu*, tomo II, pág. 263.

nia hacer causa comun con gobiernos reaccionarios, y por otro queria conservar su completa libertad de accion. En cuanto á dejar aquella mision al Austria, no habia que pensar en ello, porque toda la Francia se habria levantado en peso al saber que la bandera austriaca ondeaba en lo alto del castillo de Sant-Angelo. No quedaba pues otro remedio sino encargarse la Francia sola del trabajo, con tanto mas motivo cuanto que ninguna otra potencia, y el Austria menos, sabria poner freno á la reaccion que probablemente acompañaria al papa á su regreso á sus Estados. En virtud de estas consideraciones, el gobierno francés pidió á la asamblea legislativa un crédito de 1.200,000 francos «para una expedicion de tres meses al Mediterráneo;» y despues de una tentativa vana cerca del gobierno republicano de Roma para conseguir un arreglo amistoso sobre la base del restablecimiento del gobierno papal con una constitucion, anunció el embajador francés en Gaeta á los representantes de las demás potencias con gran disgusto de todos ellos, la resolucion de la república francesa de intervenir en Roma, sola, sin la cooperacion de nadie.

En Francia no habia que temer la menor oposicion de ningun partido, tratándose de poner un límite á la excesiva preponderancia de la influencia austriaca en Italia. En esto estaban de acuerdo todos los franceses, pero de allí no pasaba la concordia. Los clericales importunaban á Luis Napoleon para que en pago del apoyo que le habian prestado en su eleccion para la presidencia restaurase al papa en Roma, mientras los partidos de la izquierda se indignaban ante la sola idea de que la Francia pudiese destruir una república hermana. Mientras el gobierno callaba, podian discutir los periódicos de todos los partidos esta cuestion y manifestar su opinion respectiva, y Napoleon podia comparar, meditar y combinar sobre estos datos su conducta. Vaciló algun tiempo; pero el deseo de halagar á la derecha de la asamblea que constituía mayoría, preponderó luego sobre el temor de ofender á la izquierda, y así decidióse por la intervencion. Creyendo que los mismos liberales romanos recibirían á los franceses como libertadores del yugo de la anarquía, destinó á la expedicion solo dos brigadas, es decir, un total de 7,500 hombres. Esta ilusion de ser recibido como amigo en Roma se reflejaba tambien en la proclama que el general Oudinot, jefe de la expedicion, dirigió á su desembarco en Civitavecchia, en 25 de abril, con intencion capciosa «á los habitantes de los Estados Romanos,» y en esta ilusion confirmó al general el representante francés Forbin-Janson, diciéndole que los romanos, cobardes por sí, se levantarían contra los demócratas desenfrenados cuando vieran acercarse los soldados franceses. Esto decia cuando la asamblea romana acababa de contestar á la proclama del general francés dando la orden á los triunviros de rechazar la fuerza con la fuerza; cuando al tenerse noticia de aquella proclama habia sido elegido triunviro el mismo Mazzini, en 27 de abril; cuando Garibaldi habia reunido en territorio romano una fuerza de 1,500 hombres; cuando habia entrado en Roma además Manara con su legion lombarda, y cuando se sabia que habia en la ciudad una fuerza armada de 10,000 hombres decididos y que en la guardia cívica figuraban hasta voluntariamente muchísimos ciudadanos moderados para rechazar con las armas el execrado gobierno teocrático.

No obstante todos estos datos que no dejaban lugar á la menor duda respecto de la resolucion de los romanos de extremar la resistencia, se adelantó Oudinot con solos 5,800 hombres, sin artillería de sitio, y para mayor desgracia hacia doscientos años nada menos que la puerta de Cavallegieri por donde pensaba penetrar en la ciudad, no existía. El resultado de tan pésimas disposiciones fué que los franceses tuvieron

que retroceder hasta Palo, despues de haber experimentado muchas bajas, entre ellas 250 prisioneros.

Esta leccion durísima recayó como no podia menos sobre el gobierno, que habia prometido solo glorias; y fué gran suerte suya que la asamblea constituyente, moribunda entonces, apenas tuviera fuerza para expresar la esperanza de «que el gobierno tomara inmediatamente las disposiciones necesarias para que la expedicion italiana no continuara por mas tiempo *desviada de su objeto*.» Apenas votada esta resolucion, se publicó en la orden del dia, leida al ejército de Paris el 8 de mayo, una carta del presidente dirigida á Oudinot que decia: «Contra todo lo que se esperaba, han sido recibidos nuestros soldados como enemigos. Nuestro honor militar está empeñado y no toleraré que se le insulte. No tardará V. en recibir refuerzos. Diga V. á sus soldados que aprecio su valor, que comparto sus fatigas y que pueden contar siempre con mi proteccion y gratitud.»

Con esta carta el presidente imponía silencio á la asamblea constituyente y declaraba abiertamente la guerra á la república romana. La izquierda se encolerizó y Ledru-Rollin pidió la acusacion del presidente, que tan bien habia juzgado que toda oposicion de los demócratas á la campaña contra Roma habia de herir el sentimiento nacional, tan delicado en punto de honor militar; pero como no convenia á Luis Napoleon romper con la constituyente, sino dar tiempo para ganar las elecciones de la próxima asamblea legislativa á favor de sus parciales, halagó á la izquierda enviando á Fernando de Lesseps á Roma con la mision especial «de trabajar cerca de los jefes de la república, aunque sin dar lugar á que pudieran ver en esto una especie de reconocimiento de la república por parte del gobierno francés, para librar de la anarquía á los Estados de la Iglesia y evitar que el restablecimiento de un gobierno ordenado fuera manchado por una reaccion ciega (1).» Lesseps tomó su mision como buen republicano, pero no comprendió que entre la república de Mazzini y la francesa no habia inteligencia posible, y creyendo obrar bien, firmó con los triunviros una tregua que dió á estos tiempo para hacer frente á las fuerzas napolitanas y austriacas, que invadían el territorio por otros lados. Los austriacos á las órdenes del general Aspre, marcharon sobre Toscana, dejando á un lado á Florencia, donde una contrarevolucion trabajaba en su favor; tomaron el 12 de mayo por asalto despues de una varonil resistencia la ciudad de Liorna mientras el general Wimpfen penetraba en la Romaña donde tomó á Bolonia y despues á Ancona. Garibaldi marchó primero contra los napolitanos, mandados por Lanza, á los cuales dispersó el 9 de mayo cerca de Palestrina y diez dias despues cerca de Velletri. Estaban en Roma celebrando estas victorias cuando llegó Lesseps con su encargo mediador que puso en peligro su vida; pero Mazzini que esperaba encontrar un apoyo vigoroso en la nueva asamblea legislativa francesa, volvió á reanudar las negociaciones con el objeto de ganar tiempo y firmó en 31 de mayo con Lesseps un convenio de tregua. Oudinot al saber que Lesseps le habia hecho en cierta manera con sus tropas aliado de los romanos, se enfureció y á su instigacion fué llamado Lesseps por telégrafo en 1.º de junio á Paris, mientras Oudinot recibía orden formal de apoderarse de Roma á viva fuerza, tan luego como le llegasen los refuerzos que se le enviaban.

La expedicion española de ocho mil hombres que desembarcó cerca de Fiumicino permaneció ociosa por no querer admitir los franceses auxilio de otra potencia.

La fortificacion de Roma consistía en la simple muralla de recinto con algunos bastiones, pero sin foso ni obras avan-

(1) Lesseps, *Ma mission à Rome*.

zadas. En cambio se habia aumentado notablemente el número de los defensores á consecuencia del avance de los austriacos, que hicieron retroceder y refugiarse en la capital cabalmente á los hombres mas arrojados. El general de ingenieros Vaillant, enviado por el gobierno francés para dirigir las obras de sitio, designó el Janículo como punto principal de ataque, y en la noche del 3 de junio los franceses atacaron por allí las quintas de Panfilí, de Corsini, y el convento é iglesia de San Pancracio, cuyos puntos quedaron en su poder despues de diez y seis horas de incesante y sangrienta lucha, en la cual murieron muchos valientes republicanos y otros que peleaban solo por la libertad y la independencia de su patria. Sobre este combate heróico dice Ranalli en su descripcion: «Aunque estos hechos no hayan producido otros resultados, quedará siempre el de haber mostrado al mundo que los italianos, cuando llega el caso, saben combatir y morir.» Al propio tiempo habia caído el Ponte-Molle mas arriba de Roma en manos de los franceses. Dos dias despues abrieron estos las trincheras y el 13 de junio comenzaron el fuego sobre la ciudad en toda la línea; el 22 tomaron por sorpresa nocturna dos bastiones importantes, con lo cual quedó la ciudad á la merced de los sitiadores. Mazzini, contando con el estallido de una revolucion en Paris, continuó la defensa hasta que los franceses al cabo de muchos dias de fuego de artillería por ambos lados, penetraron en la ciudad por varias brechas en la madrugada del dia 30 de junio, y una vez dentro, tomaron posesion de las puertas sin encontrar resistencia, conforme se habia convenido secretamente con sus defensores. El 3 de julio fué proclamada la constitucion republicana en el Capitolio, y concluida esta ceremonia entró Oudinot con sus tropas en la ciudad; el ejército romano se disolvió, Garibaldi se dirigió con cuatro mil cuatrocientos hombres al territorio toscano, la ciudad de Arezzo le cerró las puertas, y Garibaldi con el resto de su gente, muy reducida ya por la continua desercion, pasó á San Marino, donde entró con los austriacos en negociaciones para deponer las armas; pero luego, no fiándose de ellos, se evadió, y despues de varias aventuras volvió á la América del Sur.

Los demócratas de Paris no habian olvidado á sus hermanos de Roma, pero el esfuerzo desesperado que hicieron no tuvo mas resultado que el de arruinar su propio partido sin salvar la república hermana.

El plan era hacer declarar por la asamblea legislativa destituido el poder ejecutivo porque habia hecho la guerra á la república romana, declarar á la mayoría de la asamblea cómplice de la violacion de la constitucion, y constituir en sesion permanente la asamblea, reducida á los representantes fieles á la ley fundamental. A Ledru-Rollin tocó el presentar esta proposicion firmada por 123 diputados: «¡Se ha violado la constitucion, dijo, nosotros la defenderemos por todos los medios, hasta con las armas!» La asamblea se indignó y desechó la proposicion, con lo cual provocó contra ella y contra el gobierno la venganza del pueblo. Este no tardó en querer ejercerla, pero sin lograr su objeto, porque el gobierno escarmentado habia aprendido, y estaba alerta y preparado. El 13 de junio estalló el movimiento; pero cuando la guardia nacional y el pueblo se pusieron en marcha desde el Chateau d'Eau por los bulevares hácia el palacio de Borbon, donde la asamblea tenia sus sesiones, y mientras en los muelles del rio aguardaban la señal de obrar las secciones de la sociedad de los Derechos del Hombre, desembocaron súbitamente las tropas de Changarnier por la calle de la Paz, cortaron la procesion y dispersaron las masas aisladas sin disparar un tiro. En esta jornada Ledru-Rollin, hasta entonces valiente en la tribuna é invisible en las barricadas, figuró personalmente en la sublevacion, con otros veinticinco diputados.